

me ponía á examinar y pensar lo que habia visto, no se me presentaban á la imaginacion y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si queria retirarme y apartarme de ellas, se me volvían á poner delante, como si me dijeran : *¿A dónde piensas ir, indigno y súcio?*

Estos sentimientos provenian de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis *humillar al soberbio, poniéndole* como á un hombre todo llagado : creciendo la hinchazon de mi soberbia, me separaba de Vos : y llegó la inflamacion á apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenia con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VIII.

Como la divina Misericordia socorrió entre estas ansias á Agustin.

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros; pues tuvisteis compasion de mí, que soy tierra y ceniza, y fue del agrado vuestro el reformar mis deformidades; y así con interiores estí-

mulos me inquietábais, para que no sosega-se hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazon, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano : y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de dia en dia con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

CAPÍTULO IX.

Como en los libros platónicos halló Agustin establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente á su encarnacion.

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto *resistís á los soberbios*, y cuán segura tienen *vuestra gracia los humildes*, y con cuánta misericordia mostrásteis á los hombres el camino de la humildad, *pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres* : dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable, viniesen á mis manos ⁴ unos libros de

los Platónicos, traducidos de la lengua griega á la latina.

En estos libros hallé (no con las mismas palabras con que yo lo refiero, pero sí las mismas cosas y sentencias puntualísimamente) apoyado con muchas pruebas, y gran multitud de razones, que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo: Este estaba desde el principio con Dios: Que todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo: Lo que se hizo en él es vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Que aunque el alma del hombre dé testimonio de la luz, no obstante ella misma no es la luz: sino que el Verbo de Dios, que es Dios, es la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Y que él estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Pero que él vino á los suyos, y los suyos no le recibieron, y que á todos los que creyendo en su nombre le recibieron, les concedió la potestad de hacerse hijos de Dios; esto no lo leí ni encontré en aquellos libros.

Leí tambien allí, que *Dios Verbo no nació*

de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de voluntad de la carne, sino que nació de Dios. Pero que el Verbo se hizo carne, y que habitó entre nosotros, no lo leí allí.

Hallé tambien esparcido por aquellos libros, dicho de varios modos y repetidas veces, que *teniendo el Hijo la misma forma del Padre, nada le usurpa en juzgarse igual á Dios*, porque naturalmente lo es. Pero que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo hecho semejante á los hombres, y fue reputado y tenido por hombre: que se humilló á sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y que por todo esto Dios le resucitó de entre los muertos, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillen todas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto no se contenia en aquellos libros.

Tambien se dice allí, que antes de todos los tiempos, y sobre todos los tiempos es y permanece incommutablemente vuestro uni-

génito Hijo coeterno á Vos ; y que de su plenitud reciben las almas lo que las hace bienaventuradas, y tambien que participando de aquella infinita sabiduría que en sí misma es permanente y eterna, se renuevan ellas y se hacen sábias. Mas que padeció el muerte temporal por los pecadores, y que no perdonásteis á vuestro Hijo único, sino que le entregásteis á la muerte por todos nosotros, no se refiere allí. Porque estos misterios de la humildad de Jesucristo los escondísteis y ocultásteis á los sábios, y los revelásteis y descubristeis á los pequeñuelos : para que los que padecen trabajos, y se ven agobiados con pesadas cargas, vengan á buscar á Jesús, y él los alivie y conforte, porque es manso y humilde de corazón. Así á los que imitan su blandura y mansedumbre, los guía á la justicia y santidad, y los enseña á seguir los caminos que él anduvo : y viendo con ojos compasivos nuestra humildad, nuestros trabajos y fatigas, nos perdona todos nuestros pecados. Pero aquellos que soberbios y engreidos por parecerles que poseen la mas sublime doctrina, no atienden al Maestro que les dice : *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontra-*

réis descanso para vuestras almas ; aunque conocen á Dios, no le glorifican como corresponde á Dios, ni le dan gracias ; sino que se desvanecen con sus propios pensamientos, y su necio corazón se cubre de tinieblas ; por manera que diciendo ellos que son sábios, se hacen conocidamente fatuos.

15. Encontré allí tambien, que la gloria debida solamente á Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida á los ídolos y vanos simulacros, hechos á semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes. Esto era puntualmente apetecer aquel manjar de Egipto, por el cual dejó y perdió Esaú su mayorazgo : es decir, que aquel pueblo que habíais escogido y privilegiado como á primogénito, teniendo su corazón y voluntad puestos en las cosas de Egipto, honró en lugar de Vos, y dió adoracion y culto á la cabeza de un animal cuadrúpedo, abatiendo su alma, que es imagen vuestra, delante de la imagen y figura de un becerro que se apacienta de yerba.

Este manjar ² de idolatría hallé en aquellos libros, pero no quise alimentarme de él. Porque Vos, Señor, fuísteis servido de qui-

tar el oprobio de Jacob, haciendo que el hermano que era mayor sirviese al menor; y tambien llamásteis á los gentiles, para que fuesen vuestro pueblo y heredad, como antes los judíos. Y como yo era de los gentiles que Vos habíais llamado y habian venido al conocimiento vuestro, en aquella leyenda no hice mas que coger ^a el oro que Vos mandásteis á vuestro pueblo quitar á los de Egipto; porque aquel oro en cualquiera parte que estuviera, siempre era vuestro. Que tambien dijisteis á los átenienses por boca de vuestro Apóstol, *que en Vos vivimos, nos movemos y existimos; como ya lo habian dicho antes algunos de sus sábios*: y los libros de que hablo tambien eran de allí *. Pero al leerlos yo, no hice caso, ni puse mi atencion en los ídolos de los egipcios, á cuyo culto hacian servir aquellos autores el oro que es tan vuestro, dando á la mentira de un simulacro la adoracion debida al Dios verdadero, y adorando y sirviendo á la criatura en lugar del Criador.

* Eran de allí, esto es, de la Grecia.

NOTAS.

^a Estos libros vinieron á sus manos en el año 385, de los cuales dice despues que estaban traducidos por Victorino, célebre profesor de Roma. En otra parte dice que estos libros le trocaron enteramente; y que eran como preciosos bálsamos de la Arabia, de los cuales cayendo algunas gotas sobre las centellas que tenia él en el corazon, acabaron de encenderle y abrasarle.

Antepuso san Agustin los Platónicos á los demás filósofos, porque disputando de la santísima Trinidad, y especialmente del Verbo divino, no se apartaron mucho de la verdad cristiana, como el Santo dice en el libro 10 de la Ciudad de Dios, cap. 1 y 19; añadiendo, que mudando solamente algunas cosas, fácilmente se podian concordar con las verdades cristianas.

* Con esta alegoría explica la doctrina de los Platónicos acerca de la multitud de dioses, en lo cual, como Esaú, vendieron y perdieron la primogenitura ó primacía de la sabiduría, imitando á los israelitas, que dieron adoracion á un becerro. Pues este manjar es el que dice que no quiso comerle, sino que lo desechó. Véase el libro 8 de la Ciudad de Dios, capítulo 12 y 13, y en el libro 10 el cap. 1.

^a Quiere decir que se dedicó á coger de los libros de los filósofos lo que tenían de bueno y provechoso para convencer su espíritu, y hacer que adelantase mas y mas en el conocimiento de Dios y de la verdad.



CAPÍTULO X.

Como las verdades divinas se le iban ya descubriendo mas claramente.

16. Todo esto sirvió de amonestarme que volviese hácia mí mis reflexiones y pensamientos, y guiándome Vos, entré hasta lo mas íntimo de mi alma : y pude hacerlo así porque Vos os dignásteis darme auxilio y favor. Entré, y con los ojos de mi alma (tales cuales son) ví sobre mi entendimiento y sobre mi alma misma una luz inmutable ; no esta vulgar y visible á todos los ojos corporales, ni semejante á ella, ó que siendo de su misma especie y naturaleza, se distinguiese en ser mayor : como sucederia si esta luz corporal fuese aumentando mas y mas su claridad y resplandor, y extendiéndose tanto, que ocupase con su grandeza el universo. No era así aquella luz ni de este género, sino otra cosa muy distinta, y superior infinitamente á todo lo que vemos. Ni tampoco estaba sobre mi entendimiento, al modo que el aceite está sobre el agua, ó el cielo sobre

la tierra ; sino que estaba superior á mí, como el Criador respecto de sus criaturas, porque ella misma es la que me crió ; y yo estaba debajo, como que soy hechura suya. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz ; y el que la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.

¡Oh eterna Verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad ! Vos sois, Dios mio, por quien de dia y de noche suspiro. Desde el primer momento en que os conocí, me elevásteis á que conociese con vuestra luz, que habia infinito que ver, y que yo todavía no estaba capaz de verlo. Y fueron tan clarísimos y activos los rayos de la luz con que iluminásteis mi alma, que deslumbrada la flaqueza de mi vista, no pudo resistir la vehemencia de luz tan excesiva : todo me estremecí de amor y espanto ; hallé que estaba yo muy léjos de Vos, y muy desemejante, y como que oia vuestra voz allá desde lo alto que me decia : *Yo soy manjar de los que son ya grandes y robustos : crece, y entonces te serviré de alimento. Pero no me mudarás en tu sustancia propia, como le sucede al manjar de que se alimenta tu cuerpo ; sino al contrario,*

tú te mudarás en mí. Entonces eché de ver que para mi enseñanza *y en pena de mi maldad, hablais dejado que mi alma se disipase y consumiese inútilmente como la araña*; y hablando conmigo mismo dije: ¿juzgarás ya por ventura que la verdad es nada, y que no tiene existencia porque no está esparcida ni se difunde por lugares y espacios finitos ni infinitos? Y Vos, Señor, como desde muy léjos disteis una voz diciendo: Antes bien al contrario: *Yo soy el que existo.* Habiendo oído esto, como se suelen oír en el alma las hablas interiores, quedé certificado sin tener de qué dudar; de modo, que primero dudaría si yo estaba vivo, que dudase de la existencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas.

CAPÍTULO XI.

Como las criaturas en cierto modo son y no son.

17. Y mirando todas las demás cosas que están debajo de Vos, ví que absolutamente no se pudiera afirmar, ni que de todo punto tenían ser, ni que de todo punto dejaban de

tenerle. Que tienen ser verdadero, porque Vos las habeis criado; que no le tienen, porque no tienen el ser que teneis Vos; y solo existe y tiene ser verdaderamente, lo que siempre permanece incommutable. Así *mi bien consiste en estar unido con mi Dios*; pues si en él no permanezco, menos podré permanecer en mí mismo. *Pero Dios da nuevo ser á todas las cosas, permaneciendo el mismo sin novedad alguna*: y como *no tiene necesidad de mí ni de mis bienes*, le reconozco por mi Señor y mi Dios.

CAPÍTULO XII.

Que todas las cosas que son ó existen, son buenas.

18. También me hicisteis conocer, Señor, que todas las cosas que se corrompen son buenas; porque no pudieran corromperse, si no tuvieran alguna bondad; ni tampoco pudieran, si su bondad fuera suma: pues si fueran sumamente buenas, serian incorruptibles; y si no tuvieran alguna bondad, no hubiera en ellas cosa alguna que se pudiera corromper.

Porque es ciertísimo que la corrupcion causa algun daño; y si no disminuyera algun bien, no le causaria. Luego ó se ha de decir que la corrupcion no causa daño alguno, lo cual es falso é imposible; ó se ha de confesar que todas las cosas que se corrompen, se privan de algun bien con la corrupcion, lo cual es ciertísimo y evidente.

Y si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarian de ser; porque si todavia existieran sin bondad alguna, quedarian incapaces de ser corrompidas, y por consiguiente mucho mejores que antes, pues permanecerian incorruptibles. Y ¿qué desatino mas monstruoso se puede imaginar que el decir que perdiendo aquellas cosas toda la bondad que tenian, se habian hecho mejores de lo que antes eran? Con qué es evidente, que si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarian de ser: luego mientras que tienen ser, tienen alguna bondad; y así es cierto que todas las cosas que son, son buenas. Lo cual prueba convincentemente que el mal, cuyo principio andaba yo buscando, no es alguna sustancia; porque si lo fuera, algun bien seria.

Pues ó habia de ser una sustancia incorruptible, y esto era un bien muy grande, ó sustancia corruptible, la cual, si no tuviera alguna bondad, no pudiera corromperse.

Así llegué á conocer claramente, y Vos me lo manifestásteis, que todas las cosas que Vos hicísteis son buenas; y que no hay sustancia alguna en todo el mundo que Vos no la hayais criado. Y por lo mismo que no hicísteis todas las criaturas iguales en bondad, por eso mismo son todas, y tienen su propio y distinto ser: cada una de por sí tiene su particular bondad, y miradas todas juntas, son muy buenas; porque nuestro Dios y Señor hizo todas las cosas, no buenas solamente, sino en grado superlativo *muy buenas*.

CAPÍTULO XIII.

Como todas las criaturas dan alabanzas á Dios.

19. Por tanto, Dios mio, no es posible algun mal que os perjudique á Vos, ni os haga el mas leve daño; ni tampoco hay mal alguno que lo sea respecto de todo el universo: porque fuera de él no hay cosa algu-

na que pueda introducirse á perturbarle, ó á destruir el orden que Vos habeis determinado y establecido en él. Es verdad que algunas de sus partes no son convenientes á algunas otras, y por eso se tienen por malas y nocivas; pero esas mismas son convenientes y provechosas á otras, y son verdaderamente buenas en sí mismas. Todas las criaturas que entre sí son opuestas y desconvenientes, convienen mucho á la parte inferior del universo, que llamamos tierra: la cual tiene tambien su cielo oscurecido con nubes, y alborotado con vientos, y es lo que ha menester y le conviene.

Bien léjos me hallaba yo de decir como antes: mejor seria que no hubiese estas cosas; porque aun dado caso que solo viese en el mundo estas criaturas disconvenientes entre sí y contrarias, desearia sí que las hubiese mejores, pero aun por solas aquellas debería en tal caso daros alabanzas; porque claramente muestran que mereceis ser alabado: *hasta los dragones y serpientes de la tierra, y todos los abismos y profundidades del agua: el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y los aires tempestuosos, que no hacen mas que*

obedecer vuestro mandato: los montes y todos los collados, los árboles fructíferos y todos los cedros: los animales feroces y las reses mansas: los que andan arrastrando por la tierra y los que vuelan por el aire: los reyes de la tierra y todos los pueblos, los principes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y virgenes, y los ancianos juntamente con los de poca edad, alaban y bendicen vuestro nombre.

Al ver que no solamente os alaban todas estas criaturas terrenas, sino tambien las del cielo; pues se ocupan en alabaros desde las alturas todos vuestros Angeles, todas las Virtudes, el sol y la luna, todas las estrellas y la luz, los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos, todos, todos alaban vuestro nombre; ya no deseaba que hubiese otras mejores criaturas, porque las contemplaba todas de una vez: y aunque juzgaba con mas prudente juicio, que las cosas superiores tenían mayor bondad que las inferiores; pero tambien conocia que juntas ellas todas eran mejores que las superiores solas.

CAPÍTULO XIV.

Que al hombre cuerdo ninguna cosa desagrade de cuantas Dios ha criado.

20. No están en su sano juicio los que se desagradan de alguna de vuestras criaturas, como yo no lo estaba cuando no me gustaban muchas de las cosas que Vos habeis criado. Y porque mi alma no se atrevia á descontentarse de Vos, Dios mio, no queria reconocer por obra vuestra la que me desagradaba. De aquí provino el seguir la sentencia de las dos sustancias; pero no se aquietaba mi alma con aquel sistema, y hablaba cosas extrañas. Y retirándose de él, llegó mi alma á formar allá á su modo un dios, que se extendia por infinitos espacios, y ocupaba todos los lugares: y juzgaba que Vos érais este dios, al cual habia colocado en su corazon: así es como ella se habia hecho segunda vez templo abominable á Vos de aquel ídolo suyo. Pero despues que Vos curásteis mis delirios é ignorancias, *y me hicisteis cerrar los ojos de mi entendimiento, para que no mirase ni aten-*

diese á las quimeras vanas que interiormente veia, cesé algun tiempo de imaginar fantásticas ideas, y se adormeció aquella mi locura. Al fin desperté para pensar en Vos, y ví que verdaderamente sois infinito, pero muy de otra suerte que yo me lo habia figurado: esta vista ó conocimiento no pertenecia á los ojos corporales.

CAPÍTULO XV.

Del modo con que se halla en las criaturas ya la verdad, ya la falsedad.

21. De aquí pasé á considerar las criaturas, y ví que todas os debian á Vos el ser que tienen, y que en Vos, que sois infinito, están todas las cosas finitas y limitadas, pero no con aquel modo de limitacion que tienen ocupando lugar; sino en cuanto Vos conteneis todas las cosas con la mano de vuestra eterna verdad; y todas participan de ella y son verdaderas, en cuanto existen y tienen ser; ni consiste en otra cosa la falsedad, sino en juzgar que tiene ser aquello que no le tiene. Tambien ví que todas las cosas no sola-

mente estaban colocadas en sus propios y convenientes lugares, sino tambien en los tiempos que á todas respectivamente les correspondian. Y finalmente advertí que Vos, Señor, que solo sois el eterno, no comenzásteis la obra de vuestra creacion, despues de pasados innumerables espacios de tiempos; porque antes bien, todos los tiempos que han pasado y los que pasarán, ni hubieran podido pasar, ni hubieran podido venir, si Vos no hubiérais hecho que llegaran y pasaran permaneciendo Vos eternamente.

CAPÍTULO XVI.

Que todas las criaturas son buenas; aunque algunas no son convenientes y acomodadas á otras.

22. Despues conocí claramente, y experimenté tambien, que no debía extrañarse que á un paladar enfermo le sea áspero y penoso el pan, que es delicioso y suave al que está sano; á la par que la luz, que á los ojos enfermos es aborrecible, á los sanos es amable. Tambien vuestra justicia es un atributo

que desagrada á los inícuos y malos; y así no es mucho que les desagraden la vibora y el gusano que Vos criásteis buenos, y son útiles y convenientes á esta parte inferior del universo: á la cual convienen y pertenecen juntamente los mismos inícuos y pecadores, cuanto mas se alejan de vuestra semejanza; al paso que tanto mas pertenecen y se adaptan á la superior clase de vuestras criaturas, cuanto mas semejantes se hicieron á Vos.

Busqué tambien entonces qué cosa era la maldad; y no hallé que fuese sustancia alguna, sino un desórden de la voluntad, que se aparta de la sustancia suma que sois Vos, Dios mio, y se ladea y une á las criaturas inferiores; que desecha y arroja todos sus bienes interiores, y se muestra en lo exterior soberbia y orgullosa.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que nos impiden el conocer á Dios.

23. Yo mismo me admiraba de que tan pronto hubiese podido amaros, en lugar de aquel fantasma que amaba antes teniéndole

por Dios. Y no me detenía á gozar de aquel dios obra mia, sino que era arrebatado á Vos con el poderoso atractivo de vuestra hermosura; pero luego era apartado de Vos por el peso y gravedad de mi miseria, y venía á caer gimiendo en estas cosas terrenas: este peso que así me precipitaba, no era otra cosa sino la costumbre de seguir la carne y sangre. No obstante os tenía presente en mi memoria sin dudar de modo alguno que había y existía un sumo Bien, con quien debía unirme y estrecharme, al mismo tiempo que conocía que aun no estaba capaz de conseguirlo: porque este cuerpo corruptible comunica en cierto modo su pesadez al alma, *por cuanto esta habitacion terrena en que ella vive y obra, oprime y abate hácia lo terreno la potencia intelectual, ocupándola con grande variedad de pensamientos.* Estaba ciertísimo de que vuestras perfecciones y atributos invisibles desde el principio del mundo se descubren y manifiestan al entendimiento humano por medio de estas criaturas visibles que habéis hecho, por las cuales hasta se descubre vuestra sempiterna virtud y omnipotencia, y vuestra divinidad.

Porque indagando cuál era el principio y

causa de que yo aprobase la hermosura de los cuerpos, ya sean los celestiales, ya los terrenos; y cuál era la regla por donde me guiaba, cuando hacia un juicio recto y cabal de las cosas mudables, y decía: *Esto está como debe ser, aquello no lo está:* indagando, pues, cuál era la regla que me guiaba para formar aquel juicio, cuando juzgaba de aquel modo tan cabal y recto; hallé que el principio de juzgar con aquel acierto era la inmutable y verdadera eternidad de la Verdad que estaba sobre mi mente mudable.

Fuí subiendo de grado en grado desde la consideracion de los cuerpos á la del alma, que siente mediante el cuerpo: y desde esta á su potencia ó facultad interior, á la cual los sentidos corporales avisan y participan las cosas exteriores, y todas aquellas percepciones hasta donde pueden llegar los irracionales: desde aquí fuí subiendo todavía á la facultad ó potencia intelectual, á la cual se presenta lo que han suministrado los sentidos corporales, para que haga juicio de ello. Esta hallándose tambien mudable en mí, se levantó algo mas para entender del modo que le es propio: apartó su pensamiento del modo

con que acostumbra entender las demás cosas, desviándose de la multitud de fantasmas que se le oponian y estorbaban, para llegar á saber qué luz era la que la alumbraba, cuando con toda certeza, y sin quedarle la menor duda, decia y vociferaba que el bien inmutable se debe anteponer á todo lo mutable. Y ¿de dónde le venia la idea que tenia del mismo Ser inmutable? pues si de algun modo no le conociera, absolutamente seria imposible que con tanta certidumbre le antepusiese á todo lo mutable. Llegó hasta lo que por sí mismo tiene ser; pero tan repentina y pasajera, como lo que se ve en un solo abrir y cerrar de ojos.

Entonces por medio de las cosas visibles que Vos habeis criado, ví con mi entendimiento vuestras perfecciones invisibles; pero no pude fijar en ellas mi atencion; antes bien deslumbrada la flaqueza de mi vista, y vuelto á mis acostumbrados modos de conocer y pensar, no llevaba conmigo sino la memoria enamorada de lo que habia descubierto, y deseosa de aquel manjar delicioso, cuya fragancia habia percibido, pero que todavía no podia poseerle ni gustarle.

CAPÍTULO XVIII.

Que solamente Cristo Señor nuestro es el camino que guía á la salud eterna.

24. Buscaba entonces el camino de adquirir aquella robustez que es necesaria para gozar de Vos, y no podia hallarle, hasta que me abrazase con *Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, ensalzado sobre todas las criaturas, y verdadero Dios, bendito y alabado por todos los siglos*, el cual me estaba llamando y diciendo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Él es quien envolvió en carne aquel manjar, que por falta de fuerzas no podia yo comer: porque el Verbo eterno se hizo carne para que vuestra increada sabiduría con que criásteis todas las cosas, pudiese ser alimento suavísimo, y proporcionado á nuestra pequeñez é infancia. Pero como yo no era humilde, no me abrazaba con mi Señor Jesucristo que se habia humillado tanto; ni sabia yo qué virtud nos enseñaba, vistiéndose de nuestra flaca y débil naturaleza.

Porque vuestro divino Verbo y verdad eterna, siendo infinitamente superior á la mas noble porcion de vuestras criaturas, levanta hasta sí mismo á los que se le humillan y sujetan ; y acá abajo en la inferior porcion del universo se dignó edificar para sí mismo una humilde casa de nuestro propio barro ; para enseñar con el ejemplo de tan profundísima humildad, que depusiesen su orgullo los que habian de ser sus súbditos y siervos, y que á fuer de humildes habia de trasladarlos y ensalzarlos hasta sí mismo. Sacando en ellos la hinchazon de su soberbia, les inspiró su amor y caridad, para que la necia confianza en sí mismos no los apartase y llevase cada vez mas léjos ; antes bien reconociesen su bajeza, viendo á sus piés humillada la Divinidad, por haber participado del traje tosco de nuestra naturaleza ; para que en sus apuros y trabajos se arrojasen á los piés de su Majestad humanada ; que al exaltarse gloriosa, los levantará del polvo de la tierra á la mayor altura.

CAPÍTULO XIX.

De lo que sentia Agustin acerca de la encarnacion de Cristo Señor nuestro.

25. No pensaba yo entonces estas cosas, sino otras muy distintas ; y así de Jesucristo mi Salvador habia formado el gran concepto que correspondia á un hombre de sabiduria tan excelente y superior, que ninguno se le pudiese igualar ; y principalmente me parecia que por haber nacido maravillosamente de una madre virgen, para enseñarnos con su ejemplo á despreciar los bienes temporales por conseguir los inmortales y eternos, cuidando tan extraordinaria y divinamente de nosotros, por eso habia merecido tan grande autoridad en todo el mundo su enseñanza y magisterio. Por lo demás, ni siquiera llegaba á sospechar que hubiese algun misterio en aquellas palabras : *El Verbo se hizo carne*. Solamente por las cosas que de su vida andaban escritas, esto es, que habia comido y bebido, dormido y paseado, que se habia alegrado, entristecido y predicado, sacaba

yo que no se habia unido al Verbo la carne sola, sino juntamente con el alma y entendimiento humano. Esto lo conoce cualquiera que sabe la inmutabilidad de vuestro divino Verbo, como yo lo sabia entonces cuanto me era posible, ni tenia acerca de esto la duda mas leve. Porque mover unas veces voluntariamente los miembros corporales, y otras no moverlos; querer al presente una cosa, y luego no quererla; proferir unas veces sentencias maravillosas, y otras guardar mucho silencio; son cosas estas propias de un alma y entendimiento mudables. Pues si todo esto se hubiera escrito falsamente del Verbo encarnado, todas las demás cosas se pudiera sospechar tambien que no eran verdaderas, y no quedaria cosa alguna digna de fe en todo el Evangelio, que es donde estriba la salud del género humano.

Pero como no se puede dudar que es cierto todo lo que allí está escrito, reconocia yo y confesaba en Cristo todo aquello de que consta un hombre verdadero; esto es, no solamente el cuerpo humano, ó cuerpo y alma sin la parte intelectiva, sino uno y otro, y todo lo que es el hombre; mas juzgaba yo

que ese mismo hombre, solamente por cierta grande y singular excelencia con que estaba en él la naturaleza humana, y por su mayor y mas perfecta participacion de sabiduría, era preferido á todos los demás hombres, no por estar en él personalmente la Verdad eterna.

Al contrario juzgaba Alipio, que los Católicos creian haberse Dios vestido de nuestra carne de tal modo, que además de la divinidad y de la carne, no hubiese en Cristo alma, ni tampoco entendimiento humano. Y porque estaba convencido de que aquellas acciones que se refieren de Cristo, no podian ejecutarse sino por alguna criatura viviente y racional, se detenia en abrazar la religion cristiana. Mas sabiendo despues que esta doctrina que él juzgaba ser de los Católicos, era el error de los herejes sectarios de Apolinar¹, se alegró y conformó con la creencia y fe católica.

Pero yo confieso, que hasta despues de pasado algun tiempo, no supe la diferencia que hay entre la verdad católica y la falsedad de Fotino² acerca de la Encarnacion de Cristo, y de haberse tomado carne humana

con el Verbo divino. Porque el desaprobador la doctrina de los herejes hace que resplandezca y sobresalga lo que enseña vuestra Iglesia, y se sepa lo que es sana doctrina. *Así es que conviene que haya herejías, para que se descubran los probados y escogidos, entre los que son flacos y vacilantes en la fe.*

NOTAS.

¹ Obispo que fue de Laodicea en Siria, y se apartó de la Iglesia por los años de 376; contra cuyos errores escribieron casi todos los santos Padres griegos y latinos de su tiempo. Enseñó que el Verbo tomó un cuerpo sin alma.

² Era obispo de Sirmio en el Ilírico; y por los años 345 renovó la herejía de Sabelio y Paulo Samosateno, enseñando que Cristo era hombre puramente, y no Dios.

CAPÍTULO XX.

Como el haber manejado los libros platónicos le hizo á la verdad mas instruido, pero tambien mas soberbio.

26. Habia antes leído aquellos libros de los Platónicos, y excitado despues con su

leyenda á buscar la verdad incorpórea, *llequé á descubrir y ver con el entendimiento vuestras perfecciones invisibles, por medio de estas obras que habiais hecho en el mundo.* Deslumbrado y rebatido mi entendimiento con tan excesivo resplandor, conocí claramente que por las tinieblas que padecia mi alma, no se me permitia contemplar luz tan divina; la cual sin embargo me dejó cerciorado y convencido de vuestra existencia, y de que vuestro ser es infinito, sin que por eso esteis como extendido y derramado localmente por espacios finitos ni infinitos. Tambien quedé certificado de que Vos sois el que verdaderamente existe y tiene un ser verdadero, porque *siempre sois el mismo*, sin que por parte ni afeccion alguna tengais variedad, alteracion ó mudanza; y que todas las demás cosas han dimanado y procedido de Vos, constando esto ciertísimamente por solo el documento irrefragable y firmísimo de que tienen ser.

Acerca de todas estas cosas estaba yo muy cierto, pero flaco y sin fuerzas para gozar de Vos. Hablaba mucho de ellas como si estuviera muy instruido; siendo así que si no bus-

cara en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, el camino que nos guía y lleva á Vos, no sería yo instruido, sino destruido. Ello es que ya habia comenzado á desear que me tuviesen por sábio, lleno de la ignorancia que es castigo de la culpa; y en lugar de llorar mi ignorancia, me desvanecía y ensoberbecia con mi afectada ciencia. Porque ¿á dónde estaba entonces *la caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Jesucristo?* ¿Ó cuándo aquellos libros me la hubieran enseñado?

Yo me persuado que Vos quisisteis que leyese aquellos libros antes de las sagradas Escrituras, para que siempre me acordase de los afectos y disposiciones que habian causado en mi alma: y cuando despues con la leyenda de vuestros Libros santos se amansase, y humillase mi altanería y orgullo, y mis llagas se dejasen manosear de vuestros dedos, que me las iban curando, supiese hacer diferencia y distinguir entre la presuncion de filósofo, y la confesion humilde de cristiano; y entre la ciencia de los filósofos que ven y enseñan el fin á donde debemos caminar, pero no ven ni enseñan el camino, y la que nos muestra

este camino que nos guía y lleva á la patria bienaventurada, no solamente hasta llegar á verla, sino tambien á habitarla. Pues si primeramente me hubiera instruido en vuestras santas Escrituras, y con su frecuente leyenda me hubiérais hecho participante de vuestra dulzura, y despues hubieran venido á mis manos aquellos libros; puede ser que me hubiesen apartado de los principios y sólidos cimientos de la piedad; ó si perseveraba firmemente en el piadoso afecto que vuestros libros me hubiesen inspirado, acaso juzgara que si alguno leyera solamente aquellos, pudieran tambien haber producido en él igual efecto.

CAPÍTULO XXI.

De lo que halló en los Libros sagrados, que no lo halló en los platónicos.

27. Así tomé en mis manos con vivísimas ansias las santas y venerables Escrituras dictadas por vuestro divino Espíritu, y principalmente las cartas de san Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas